

## TEOLOGÍA Y VIDA

Teología y Vida

ISSN: 0049-3449

teologiayvidauc@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile  
Chile

Galgani, Jaime Alberto

Ágata Cruz: historia de una pasión argentina. Presencia de la mujer y a-presencialidad de lo femenino en la novela Todo verdor perecerá, de Eduardo Mallea

Teología y Vida, vol. XLVII, núm. 2-3, 2006

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32220746015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **Ágata Cruz: historia de una pasión argentina. Presencia de la mujer y a-presencialidad de lo femenino en la novela *Todo verdor perecerá*, de Eduardo Mallea**

**Jaime Alberto Galgani**

Profesor Literatura  
Pontificia Universidad Católica de Chile

---

Las aguas de Nimrim serán consumidas, y se secará la hierba,  
se marchitarán los retoños, todo verdor perecerá.  
Por tanto, las riquezas que habrán adquirido,  
y las que hayan reservado, serán llevadas al torrente de los sauces  
Is 15: 6-7

Tanto en sus novelas como en sus ensayos, Eduardo Mallea presentó una continua preocupación por Argentina, su vocación y destino. De esa preocupación arrancan tres premisas que quiero considerar en mi lectura de *Todo verdor perecerá*.

En primer lugar, Mallea hablará en repetidas ocasiones de un hombre argentino visible y otro no visible, interior. Desarrolla principalmente esta idea en *Historia de una pasión argentina*, al decir

que había un hombre argentino visible y otro hombre argentino no visible, silencioso, obstinado, conmovido, y laborioso en el fondo tremendamente extenso del país, en las estancias, las provincias, los pueblos, las selvas, los territorios. Y aun en la ciudad, mas en la ciudad profunda, no en la fácil, no en la inmediata (1).

En segundo lugar, afirma que "lo argentino no está en ese cosmopolitismo progresista y visible, no está en esa fácil prosperidad, en ese progreso amonedado que constituye la naturaleza de las capas turbulentas de la metrópoli" (2), sino que "detrás de ese externo esplendor, estaba el hombre desnudo, enfrentado con la tierra desnuda, el habitante natural, frente a frente, a solas con su destino interior; la persona enfrentada con los otros hombres, la tierra, la religión" (3).

Esta idea fue expresada bajo las imágenes subyacentes a su libro de ensayos *El Sayal y la Púrpura*, publicado en 1941, en donde el "sayal" representa la ruda pureza de esa Argentina que él quiere rescatar del escondite y, "la púrpura", el esplendor artificioso y banal que ostentan las capas orgullosas de la nación.

Como tercera y última premisa, conviene señalar que Mallea entiende que la grandeza futura argentina está en la superación del orgullo de sí misma y en la búsqueda del carácter de una vocación trascendente:

Ante el sentimiento cada vez más nítido de la deformación del hombre, solo puede tenerse esperanza en una actitud en la que el "individuo asume un grado de existencia

en la que se trasciende a sí mismo por la inteligencia y el amor, y sobreviene la persona, es decir, el estado ontológico- de generosidad (4).

La toma de conciencia de las premisas señaladas permite acercarnos a la lectura de la novela *Todo verdor perecerá* en un marco complejo en el cual es posible ver una suerte de alegoría nacional en la cual Ágata Cruz, la protagonista, representa a la Argentina, y los dos hombres que se relacionan con ella, Nicanor Cruz y Sotero, los arquetipos de aquella doble realidad señalada como el hombre invisible y el hombre visible. A esta fácil lectura inicial se antepone los pliegues del texto, su fecundidad narrativa y descriptiva y el aire de derrota que se respira en todo él. Ágata Cruz es, como Argentina, tierra de latencias femeninas y fértiles, encerrada en su hermetismo inexplorado como una flor de piedra, que quiere ser siempre flor y que no acaba de encontrar el impulso que la convierta en fruto. Y, en ese abocarse a una búsqueda sin fin de la felicidad como limosna externa a ser recibida, se sigue su incapacidad de sacar de sí la vida que contiene. Ni virgen ni madre, ni santa ni prostituta, ni doncella ni anciana, ni reina ni esclava, Ágata y Argentina están ahí, en su arquitectura pétrea como dos objetos mudos que no alcanzan a entender la razón de su sufrimiento. Ambas tienen "cruz", pero no redención.

Ágata Cruz, hija de un médico oscuro de un pueblo cercano a Bahía Blanca, decide casarse con un hombre también oscuro, al que nunca llega a conocer y menos a comprender. Nicanor Cruz, aquella posibilidad de salir del hogar paterno, se convirtió a poco andar en un compañero señalado por la fatalidad y el silencio. Sus empresas estuvieron todas destinadas al fracaso. Los campos de trigo sucumbieron al "incendio" y "Cuarenta y cuatro días consecutivos de seca y fuego arrasaron la sierra, el valle, las matas salvajes" (5).

En ese ambiente de poca prosperidad, metáfora extendida del versículo de Isaías XV, 6, Ágata debe convivir con un hombre cuyo carácter viril se opone a los refinamientos de la ciudad. Su virilidad desdeñaba de los "ilustrados", de los "cultos", y del afeminamiento de la "cultura"; ignoraba la política y en el pueblo lo llamaban "El Amargao" (6).

La misma risa de Nicanor Cruz hablaba de la infertilidad de los campos:

Aquella risa se parecía a las ramas secas del tala, a la tierra sin agua, al pasto sin verdor, a la inmensa extensión cruda e inútil como un juramento. Aquella risa parecía ser ajena a una criatura de Dios. Aquella risa, como decían en la zona, no era una risa de cristiano (7).

Y el diálogo que sostenían era progresivamente más escaso:

Hablaban impersonalmente para no tutearse. Ya hacía mucho tiempo que no se hablaban directamente, lo cual los separaba más [...] Los días y las noches caían sobre ellos como una capa de mutismo (8).

Todo confluía en una vida conyugal deshumanizada, cercana a la naturaleza y al abismo:

A partir de ese tiempo comenzaron a vivir como animales. ¡Dios! ¿Es posible que del abismo de sí no puedan levantarse los hombres cuando han caído hasta el fondo? [...] Y cada vez más adentro; y cada vez más adentro. Atravesando fugaces zonas insoportables, luego páramo y páramo. Y este viaje del hombre a su abismo, al yacimiento casi inhumano del ser, ese viaje de vuelta a la soledad original de la que todos venimos (9)

Ágata, ciertamente, poco podía contribuir a la pobreza de su relación con Nicanor. La formación religiosa, espiritual y humana que había recibido de su padre, había sido basta y pobre, lejana y superflua.

Este burdo profesional (su padre, médico desprestigiado) vestido de jacquet gris que despreciaba la filosofía, no frecuentó nunca otro libro que los Evangelios; pero lejos de ser un estímulo a su religiosidad, los viejos textos bíblicos le procuraban un opio. Al recitar los versículos santos entrecerraba a veces los ojos lo mismo que cuando contaba a su hija la fundación de la ciudad en cuya costa vivían-, atento al canto ancestral. En los proverbios de Salomón y en las quejas de Ezequiel su existencia gris y pasiva encontraba un vuelo ampuloso. Desde muy niña, Ágata escuchó aquel aseverar de profetas como el eco de una distante, ininteligible poesía (10).

Su padre le había transmitido un sentimiento trágico de la vida, una sensación de arbitrario infortunio donde al ser humano no le queda más que esperar la aniquilación:

Somos hombres frágiles le decía el médico; nuestra más terrible ilusión es creernos ángeles andantes. De pronto estalla una arteria y somos una pobre piltrafa" (11).

"Hija de esta especie de ateo evangelizante, Ágata creció sin creencia, dura, hermética, huraña, como un cachorro en despoblado" (12). Desprovista de afectos, de una religión que diera sentido a su existencia, Ágata viene a ser la alegoría de una Argentina desasistida por los valores trascendentales, incapaz de sacar de sus hombres (como Nicanor Cruz) la semilla de vida que en ellos había y que se materializaba en la incapacidad del trigo (símbolo naturalmente bíblico) para crecer en abundancia.

Víctima de sí misma, de su nimia formación, de su incapacidad de ver otro horizonte, llevada por una pendiente de destrucción casi involuntaria, un día ella misma precipitó la muerte de Nicanor. Volvió a estar sola, aunque esta soledad de su viudez no era necesariamente más cruel que la que la había acompañado durante toda su vida. En efecto, los dos hombres de su trayectoria, su padre y Nicanor, no habían sido verdaderos compañeros para su tristeza.

Un día, sin embargo, conoció en Bahía Blanca un hombre del todo distinto, el abogado porteño, Doctor Sotero. Llegado desde la Capital por asuntos que le encomendaba "La Organización", misteriosa institución a la cual debía y dedicaba sus servicios, Sotero era en todo el hombre luminoso que Ágata jamás había conocido.

Reía el doctor Sotero a mil leguas por encima del mundo, seguro de él y prácticamente dueño de todo, como un Dios que hubiera arrojado de sí la adolescencia para entrar en terreno mucho más propio de la mayor experiencia.

Sotero, en un torbellino, hablaba de literatura y de música; tenía verdadero gusto en recitar frases, dísticos, trozos de poemas en los cuales, de un modo fatal, su yo venía a ser el centro del caso. Parecía haber aprendido todo cuanto se le antojara digno de aplicárselo él mismo; pero lo hacía con gracia, y con aquella voz a la vez muy viril y muy suave, llena de misteriosa ternura. Le gustaba hacerse oír, escucharse él mismo, y sin duda no se había preguntado nunca si gustaba o dejaba de gustar. Toda su persona proclamaba a gritos aquella profunda convicción: La vida es de quien la toma (13).

Sotero llegó a las arideces de esa tierra seca que era Ágata para regarla con una alegría que le pareció, por primera vez, una auténtica liberación.

¡Ah, qué alejamiento del cuerpo, qué liberación de todo peso, vuelta trance; y al mismo tiempo, quién sabe, viva! (14).

Al acordarse de esos días había de pensar algo después, con obstinación, que fueron de felicidad absoluta. [...] Del 7 al 13 de febrero su vida, en efecto, salió de madre. Por una operación que le parecía misteriosa, toda su persona, venida a la superficie, se había puesto a florecer; y la flor, cuando nace, está fuera de sí: toda vuelta al flamante esplendor del mundo descubierto (15).

La alegría, como cabría sospechar, fue breve. Una semana de exaltación que terminó en un papelillo escrito por Sotero donde le decía a Ágata que debía volver a Buenos Aires, por asuntos de la Organización, y una invitación a olvidarlo. Sotero, representa, entonces, como polo contrario a Nicanor, el hombre argentino visible quien, en la luminosidad de su encanto, entrabado por quizás qué misteriosos compromisos, es incapaz de sembrar una alegría permanente y recoger el fruto de ella. Tanto Sotero como Nicanor, sin embargo, se muestran en su escasa libertad, marcados por un atavismo que los encierra en lo peor de su condición. Habrían necesitado de una mujer que los sacara del pozo negro en que vivían a pesar de su brillo, uno; a pesar de su mutismo, el otro. Pero Ágata, más pobre que ambos, no tenía los resortes suficientes para despertar a ninguno de esos dos hombres señalados por la muerte y la partida.

Ágata, llevada por la inminencia de la partida de Sotero, por el presentimiento de que tan reluciente felicidad no puede durar mucho, buscó la oración por primera vez en su vida.

Al cabo de una sola hora de sueño; despertó a una sola idea: rezar. [...] Hacía un día nublado. Se vistió y salió a la calle. En dos minutos estuvo en la plaza. "¿Qué voy a hacer? Yo nunca he hecho esto". [...] ¡Qué alivio entrar en la oscuridad tibia del templo, partir con su cuerpo el macizo olor a incienso, a cirios! El oscuro canal, y allá al fondo, el santo temblor de las diminutas llamas escalonadas. Por un instante, ella permanece de pie. ¿Qué van a decir sus labios? Nada tiene que hacer allí. Es una intrusa. Su presencia desvirtúa esa casa. Aspira el denso olor litúrgico. Y como si esa estación no fuera su fruta, como si se hubiera equivocado, sale de allí, se reintegra al frío ceniciento de la mañana (16).

La oración resulta un intento vano, tan vano como todos los que ha hecho en su vida. Es aquí cuando aparece una nueva posibilidad: la autoaniquilación.

Al fin, ¿cómo pretender de uno ser algo más que uno mismo? Salimos de nosotros; pero por horas. Después de la vacación, de la diversión, otra vez volvemos al seno de la aciaga unidad. O se aguanta uno a sí mismo o se va. Se va.

Permaneció pensando en esa frase. O uno se va. Bebió otro trago y sonrió, ligeramente animada. Siempre hay tiempo para eso. Al ya no poder más. Siempre hay tiempo para eso. Siempre hay tiempo para no poder más (17).

Así y todo, mientras espera motivos para "ya no poder más" surge la gran respuesta a su vacío. Lo que había faltado a su vida era un elemento más sublime que la felicidad y más fecundo que el éxito: la comunión.

¿Comunión? ¿Quién pensó llamarla nunca a comunión? ¿Dios - la tierra? Nadie, nada. ¡Ah, sería posible! ¿Sería posible que ni siquiera en la eternidad tuviera sitio al lado de otras almas? Los que han sido queridos, los que han querido en la tierra, esos llevan

algo. Pero los que de aquí no se llevan nada, los que no se llevan más que la semilla de la soledad eterna (18)

Una eternidad sin comunión es la verdadera condenación. Se necesita haber trabajado aquí por construir lazos. Es en estas páginas donde aflora el indiscutido carácter "moralista" de Mallea y la novela asume las dimensiones de un apólogo.

¡Qué terror, qué terror aquella idea! Aun después de la muerte, después de todo, la misma, la misma soledad. Si se hubiera esforzado en querer a Cruz ¿No fue todo obra de un espantoso orgullo? ¡Qué culpabilidad! El que no se aviene a querer, a construir algo en común a fuerza de ternura y perdón, qué horroroso destino (19)

Ágata, a partir de estos pensamientos elabora una teología del sacrificio. "¿Venimos acaso a gozar, venimos a ser una isla de complacencia y capricho?" (20). Se dice que es en el quiebre de nuestros proyectos cuando el gozo se abre camino. Cuando la vida, henchida en sus límites termina por quebrantar sus continentes (si el grano de trigo no muere) es cuando comienza a aparecer el fruto verdadero.

En el corazón de ese mundo tenebroso que la rodeaba estaba el océano. Todo es presa; y el océano, como el árbol, la tierra, la sangre y la carne, están apresados. Quizás el gozo no empieza más que cuando la presa se rompe (21).

Visto así, el panorama de su felicidad no estaba en Sotero, quien no tenía más que un gozo que ofrecerle, el cual Ágata no podía más que acoger hasta su agotamiento, para volver después a la tristeza de siempre. La felicidad activa -cristiana, por decirlo así- había sido esa oportunidad que tuvo de amar a Nicanor hasta lo insoportable (el amor todo lo soporta), esperando con una "ardiente paciencia" hasta que el duro carozo de su ensimismamiento terminara por romperse.

Si después de otros diez años de amargura y resentimiento hubiera llegado él (Nicanor Cruz) una tarde hasta ella para decirle, no "todo se ha perdido", sino: "Puedes salir. Mira el trigo. Todo ese esplendor, toda esa opulencia lo hemos ganado con sacrificio y dolor. Es el pago de la vida. Mira la batalla con la tierra, al fin ganada". Y entonces, tal vez, en la cara de ese ser torvo habría brillado, al fin, el descanso, la paz (22).

Pero no, ellos habían vivido "matando la vida", "en vez de haber matado en ellos la acidez, el tumor" (23). No había recordado en su momento que su padre, el doctor decrepito había repetido siempre:

"Lo que dura de nosotros es lo que somos capaces de sobrepasar con el corazón. ¡Mísera la flor que quiere ser siempre flor! Lo que dura de la flor es su olor, el recuerdo de su forma. Así, de nosotros quedará el sacrificio que hayamos hecho por algo. No nosotros. Nosotros somos enfermedad, corto tránsito. No nos aferremos a lo que de nosotros muere, sino a lo que de nosotros no muere" (24).

No es de tratar aquí por su extensión, pero es en estas páginas donde aflora la trágica locura de Kierkegaard y de Unamuno, de las que tan cerca se encuentra Mallea y que no es otra que aquella cruda insensatez de esperar "contra toda esperanza" (como diría San Pablo) a que, en la lucha sin horizonte, aparezca un día el fruto de la redención.

Si ella hubiera perdurado junto a él, si él no se hubiera ido; a la larga, la vida habría vencido todo rencor. Se habrían necesitado al fin, siendo enemigos, como se necesitan los aliados por la adversidad, mudos entre sí, mutuos agraviados, heridos, pero batidos por la soledad en un solo bloque de desgracia, años, resistencia. Podrían haber mirado, sí, juntos el campo; sin hablarse, como dos luchadores de Dios, trágicos, fatigados y enteros en el grisáceo frío del atardecer (25).

Sin embargo, a esa teología agónica le falta un componente sustancial para ser salvadora. Todavía es estéril, pues se encierra en la posibilidad voluntarista de que el hombre sea autor de su salvación. Y, para esto era tarde; siempre es tarde.

Sollozante y destruida, atravesó el muelle, la plazoleta, acosada por aquel espectro: la abierta eternidad. ¿Con quién iba a entrar en ese valle? [...] No tuvo noción ni sentido, por vago que fuera, de cuanto la circundaba, del pueblo o de la enorme calma dominical o de la imagen que estaba a unos pasos, ese bulto de madera que antecedió a la capilla y a cuyo pie estaba borrosamente escrito: *Ego sum via, veritas et vita*, lo cual quiere decir: yo soy la ruta, la verdad y la vida.

Tan solo muy tarde se levantó precipitadamente, como llamada por un grito, y, sin dirección ni discernimiento, echó a correr contra la oscuridad (26).

Ágata no miró ni la imagen que estaba a unos pasos de ella ni la inscripción evangélica: *yo soy el camino, la verdad y la vida*. No vio a Cristo en el horizonte de esa comunión que intuyó por un momento como sustancia de verdadera felicidad.

Culminada así la aniquilación de Ágata, cabe concluir que Eduardo Mallea no solo propone que el futuro argentino se encuentra más cercano a la rudeza del hombre argentino invisible que al esplendor del visible, del sayal que de la púrpura. Descubrir el hontanar de fuerzas escondido en la profundidad de una raza extensa e innominada supone entrar en ella como un minero en las vetas rocosas para encontrar la ardua riqueza. Pero también supone buscar, en la profundidad de la semilla un destino trascendente que la salve de su endoantropocentrismo inmanente, fuente de eternas preguntas, pero de ninguna respuesta.

Ágata, nombre de piedra preciosa; Cruz, apellido de madera. Dos sustancias llamadas a encontrarse en la síntesis del misterio redentor. Si la primera permanece en el orgullo de su belleza, no sirve sino (como Sotero) para el lucimiento de una fiesta. Si el segundo (como Nicanor) no es acompañado por la vitalidad de una entrega, resulta estéril. Belleza y ruptura, flor y fruto, virginidad y maternidad, son los secretos eternos de la fecundidad. Y son, tal parece, el secreto y el tesoro de un mundo recreado continuamente por la presencia de lo femenino.

## NOTAS

(1) Mallea, Eduardo. "Historia de una pasión argentina", *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1961, p. 39

(2) Mallea, Eduardo. *Conocimiento y expresión de la Argentina*, p. 75.

(3) Mallea, Eduardo. *Historia de una pasión argentina*, pp. 317-318

(4) *Meditación en la costa*, p. 545, citado por Rivelli, Carmen. *Eduardo Mallea. La continuidad temática de su obra*. p. 57.

(5) Mallea, Eduardo. *Todo verdor perecerá*, p. 16

(6) *Idem*, pp. 47-48

(7) *Idem*, p. 15

(8) *Idem*, pp. 18-19

(9) *Idem*, pp. 69-70

(10) *Idem*, p. 29

(11) *Idem*, p. 30

(12) *Idem*, pp. 30-31

(13) *Idem*, p. 134

(14) *Ibid.*

(15) *Idem*, pp. 138-139

(16) *Idem*, pp. 160-161

(17) *Idem*, pp. 165-166

(18) *Idem*, p. 181

(19) *Ibid.*

(20) *Idem*, p. 188

(21) *Ibid.*

(22) *Ibid.*

(23) *Idem*, p. 189

(24) *Ibid.*

(25) *Ibid.*

(26) *Idem*, p. 202



## BIBLIOGRAFÍA

Mallea. *El sayal y la púrpura*. Buenos Aires: Losada. 1961

\_\_\_\_\_. "Historia de una pasión argentina". *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé. 1961

\_\_\_\_\_. *Todo verdor perecerá*. Madrid: Eds. de la *Revista de Occidente*. 1969

Rivelli, Carmen. *Eduardo Mallea. La continuidad temática de su obra*. New York: Las Americas Publishing Company. 1969

Roldán, Alberto Fernando. "Eduardo Mallea. El hombre y su obra":  
<http://www.ensayistas.org/filosofos/argentina/mallea/introd.htm>

\_\_\_\_\_. "Eduardo Mallea y su visión del nuevo hombre argentino":  
<http://www.ensayistas.org/filosofos/argentina/mallea/roldan.htm>

Villordo, Oscar Hermes. *Genio y figura de Eduardo Mallea*. Buenos Aires: Editorial Universitaria. 1973